



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA
ISSN 2718-6318
Año I | Número 3 | Diciembre 2020

KINDER

Lala Altschuler¹

lalaltschuler@yahoo.com.ar

¹ Psicoanalista, escritora. El presente cuento obtuvo el Premio ex aequo 2017, Lucien Freud 2017

Nota sobre espacios en blanco: representan la dificultad del habla en los niños de la Shoá.

Dejo la página en la que escribo; me he acercado demasiado, veo el alambre de púas, veo a los niños asomándose

solos. De pronto no más correr. Nosotros, las ratas, sin saber si ellas nos perseguían o nosotros las corríamos porque nos habían robado lo que nos daban para fressar.

Silencio. Se fueron con los hund no escuchamos ¡Fressen! y el aterrador ladrido de los hund. Silencio.

Nos agarramos Nos temblamos. No nos soltamos, nein. Luego, shtil, mirando para todos lados, vamos hacia el alambrado. Oímos vait, pasos que se acercan, pasos arrastrados aunque no vemos nieve, no vemos barro. Pero no son los guardias; otros pasos del otro lado pasos que vienen del silencio. Nadie más que nosotros en el laguer. A los otros ya se los habían ido.

Nos miramos si agacharnos bajo el alambrado escapar. De pronto aparecen.

Paralizados, impávidos. Escudriño su mirada. No hay dolor en ella, no podría haberlo... no aún, sí terror, sin nombre. No, no podría haber dolor, no allí, no en ese instante, ¿lo resistirían acaso? Los soldados rusos los miran espantados, pero no sé si ellos advierten su propia mirada espejada en la cara de los rusos. No puedo alejarme de la escena. Están allí, ahora más indefensos que antes. Ya no escuchan los gritos, lo único que han conocido hasta ahora. El mundo, su mundo se hundió; ellos no son los salvados. Y los ladridos, los ladridos de los perros, noche y día los ladridos se han silenciado...

Se acercan. Nos rodean. Quieren irnos. Nos apretujamos. Nos temblamos. Con asco miran nuestras cucharas, las cucharas que teníamos para fressar ese agua que se enfriaba con los mendrugos de pan. Quieren arrancarlas. ¡Nein, nein, nuestras! Nuestras, nuestras, decimos, y el Kommandant dice guestank, guestank. Es una lengua que entendemos. Él no grita, dice imálchiky, málchiky! Nos agarra, hay camiones afuera del alambrado. Salimos.

Quieren irnos. Nos suben, nos acercan una lata de sopa, espesa, intragable, quema. El camión arranca; no vemos esvásticas en la ropa del Kommandant ni en el camión y no hay hund. Nos apretamos. Nos dormimos.

Nos despertamos. Nos miran, nos hablan, ¿qué dicen? Málchik málchik jochno tu málchiky ¿shto, shto málchik? Jochno tu málchiky, no te dalekes málchik Las palabras son piedras que caen sobre nuestras cabezas, golpeándonos más que las palizas. Se acercan, sus manos extendidas. Uno de ellos murmura en una lengua que no conocemos ¡Oh! Señor, ten piedad de nosotros.

Nos dormimos.

El Kommandant nos despierta, el miedo se agarra de nosotros cuando quiere acercarse. Nos alejamos cuando lo vemos mirarnos. El camión se pone a andar. Nosotros no grita.

Silencio. ¡Oh! Ausencia, ¡oh! atroz ausencia. El silencio que los rodea baja sobre ellos inusual densa humareda. Tienen frío, entre ellos se aferran. Habían dejado atrás el laguer, el único mundo que habían conocido, mundo fuera del mundo. Nos cuentan: ¿seis, siete? Los rusos acaban de liberar el campo; entre ellos está Sasha. Es él quien les habla, está confuso, no quiere asustarlos. Entre el terror y la piedad su voz se le atraganta; los llama, quiere que se acerquen, que no le teman, jochno tu málchiky, no te dalekes málchik; está solo con los niños, él solo, en su bolsillo sostiene fuertemente la foto de Luba. En la mochila, un sobre. En los últimos cuatro años ha estado muchas veces al borde de la locura, pero nunca como ahora. Cuando ve a estos niños el borde se le desdibuja. La foto de Luba en el bolsillo de sus pantalones, su urgencia. Siente duro su sexo y le da vergüenza, siente la turgencia vital de su sexo y le da vergüenza. Aparta la mirada de los niños, necesita apartarla como yo lo hago. Pero vuelve a ellos sin remedio.

Solos en el camión. Dónde, dónde nos llevan, el pis se escapa por nuestras piernas sin poder detenerlo. El Kommandant nos habla. Retrocedemos. Nos agarramos. Nos dice ¡a Sasha, señalándose, y

pregunta ¿ti? Esto sí lo entendemos, obedecemos. Rápido nos subimos las mangas y mostramos los números. Adelanta sus manos. Quiere tocarnos.

Nos temblamos. Nos acurrucamos. Nos dormimos.

Espectral silencio. Dios, ten piedad de nosotros, oh, Señor; o es que fuimos capaces, para ensombrecer tu grandeza, oh, Señor, lo que nunca hubieras imaginado, oh, Señor, al asistir una y mil veces al terror de que el hombre, la criatura creada por vos, en una inaudita fábrica de la muerte, haya podido crear niños muertos, oh, Señor.

Veo a Sasha desesperado, tratando de no asustarlos. También él casi un niño, camina estupefacto por el camión. Sus ojos ven, no saben ni sabrán lo que allí pasó. Nada sabe de Terezín. No sabe que la única lengua de los niños es la nazi, la lengua despiadada, de la orden implacable. La que no admite el “no”. La lengua muerte. Silencia. No sabe Sasha de los abismos a los que se está asomando. Tampoco sabe de su infierno, apenas rozado, y que no hay palabra para nombrarlo. Todo su cuerpo se convulsiona con la inmundicia de su alrededor.

Nunca ido en un camión. Vemos los árboles, pasamos por gente, tirados en el piso, rotos, muertos, tot, otros, otra ropa. Se esconden en sus barracones al vernos, los ojos se cierran.

No soportan estar afuera, la luz les ciega, la ternura de la voz de Sasha los abrasa sin remedio y le temen. En su desesperación, lo único que hacen es dormirse, como si sólo los aliviara borrar el mundo que apareció repentinamente.

¿Mundo, dije? Mundo en el cual se abisman en un vacío insondable que no abre a ninguna parte y, con los ojos cerrados, se dejan llevar por el rítmico balanceo que les permite sentir el peso de sus ingravidos cuerpos.

Otra vez la sopa. ¿Jóchez? dice el Kommandant, un pedazo de pan, y luego chai, señalando una lata. No grita fressen. Vomitamos. Nos contaron que a los que los llevan al camión los gasean.

Sasha conduce, le espera un larguísimo camino. Una ligera brisa revuelve su pelo rubio, le pega en la cara, la aspira ávidamente, la huele, quisiera llenarse de ella. Es primavera, hace días que dejaron Praga, no hay mariposas ni se escuchan pájaros. Sin tener edad suficiente para que lo llamaran, se alistó. Fue a combatir por su patria, maia saiusa; no se encontró sólo con el frente, con el enemigo, se encontró, él que era apenas más que un niño, con otros que tendrían que haber sido niños y jamás lo fueron. No sabe qué hacer con esta carga que lleva, a qué destino los conduce; piensa, obstinadamente, que podrá llevarlos a otro destino.

Maneja a campo traviesa, los caminos tiene que evitarlos, no importa cuánto tiempo más demore; la turbamulta, agazapada, busca a los que de la muerte de los laguer se han salvado.

Sasha extraña el bosque, sus luces tornasoladas que se filtran a través de las hojas de los árboles, translúcidas cuando el sol las ilumina. Extraña su sensualidad umbría, húmeda. Jugaba en el bosque durante el verano, siendo niño, hace un mundo de esto, cuando el mundo era aún mundo. Las flores de mayo que asomaban en cada claro, amapolas rojo sangre, violetas perfumadas. Extraña los bosques cerrados, la densidad de sus árboles, los sonidos que se arremolinan aquí y allá y se reproducen en mil ecos, o transportan las voces de distantes arroyos. Ahora tienen que atravesar los temibles claros.

Días y días. Viajamos, el camión se sacude, pero acá no nos escondemos. Sitztend, sitztend, sitztend todo el tiempo. No grita.

Se les acalambran los minúsculos cuerpos. Sasha hubiera querido hablarles sobre los bosques de su infancia. Pero los niños, ¿podrían escuchar? Duda. Ha observado que entre ellos no hablan. Cuando quieren decir algo, hacen un raro carraspeo.

El espanto y el encanto habitan el fantasmal bosque. Tendrán que salir de Checoslovaquia, atravesar Alemania, atravesar Bélgica, sabiendo que aún no se han salvado. Es apenas un día después. La muerte pasa rasante sobre sus cabezas y el águila sobrevuela, amenazante.

Estamos parados. No decimos que queremos schaisen. El camión frena, nos bajamos, corremos al árbol, ellos nos siguen. Se quedan cuando nos ven bajarnos los pantalones, tenemos que hacer rápido, eso lo sabemos. Esperan. Volvemos, nos setzen.

El camión se detiene frente a una patrulla rusa, Sasha les habla, vienen de Terezín, la voz se le quiebra, y sólo con un gesto puede señalar la carga que lleva. Lo observan perplejos, se acercan, echan una ojeada, pero no se atreven a mirar adentro. Ya se murmuraba con voz queda lo que era encontrarse con “ellos”. Uno de los soldados se da vuelta, oculta su gesto, se persigna, leo sus labios:

Dios mío, ten piedad de nosotros. Dios mío, ten piedad de ellos.

¿Schto ti dumaiech?, ¿achivó, achivó?, ¿acudá? Discuten en una lengua que alguna vez fue mía, pero que ahora apenas entiendo. Nos dejan pasar.

Mayo de 1945. La dulce brisa que siempre había perfumado los caminos checos, alemanes, belgas, ahora sopla sobre los cuerpos desperdigados aquí y allá. No acuna a los muertos, y su pestilencia es insoportable para los vivos. Sasha se sienta, saca la foto de Luba, la pone frente a sí, le habla, le dice algo que no alcanzo a escuchar, la besa.

Nos quedamos setzen. Vemos pasar barracones, noche y día barracones, no son grandes, sin alambre de púa. Hay que se asoman, saludan, algunos kinder corren detrás nuestro. No visten como nosotros. Nos dormimos uno se despierta, su grito retumba en el camión es el más grande. Es el que nos contó de los gaseados.

Cómo seguir escribiendo cuando aún veo al niño en quien despertó un recuerdo. Un recuerdo, al ver a otros niños corriendo, saludando en checo. Hubo un tiempo en que fue hablado por la lengua; hubo un niño con padres; hace un mundo de esto. Y en ese momento, precisamente, soñó con un nombre, el que había tenido, su madre llamando: “iGuuustaavvv!”, el nombre que él había sido.

El camión para otra vez, hablan con el Kommandant, levantan la barrera. Otro barracón, no tiene esvástica, una frau, vienen, nos

van, una ducha, nos quitan la ropa nos temblamos,
sacan un tubo con gas. Nos acurrucamos. Está el Kommandant con
nosotros. Nos baña, dice que nos desinfecta. ¿Schto schto?
Málchiky málchiky no grita. El agua resbala sobre nosotros,
nos ponen otra ropa.

Entre aterrados y excitados suben al camión. Siempre con la cuchara de
madera en la mano, ni por un instante la sueltan.

Sasha está sacando la foto de Luba, la pone delante de sí mientras maneja, y
de él brota, casi sin darse cuenta: florecerán iabluschki y gruschki, vijazila...
esa voz de bajo, de tan virginal belleza: con su mirada la acaricia, con su voz
la acaricia, con la letra la acaricia. Y le canta, y le habla. Ese feroz optimismo
de los rusos, ese feroz amor a la patria. Canta la canción de los que volverán
de la guerra. De los amantes que se esperan. Anhela su Moskwa maiá, a Luba,
hace tanto que no sabe de ella. Maia Luba, ia lubluiu vas.

Pero qué hace, por qué canta, el canto golpea, y sacude la entraña
nuestra. ¡Nein!, inein!, nos tapamos los oídos. Gritamos. Nos
temblamos. Nos acurrucamos. Nos dormimos.

Despertamos. Siempre en el camión, siempre él manejando, con esa tante
que tiene frente a él, con el pañuelo en la cabeza, blanco. Viajamos, viajamos
cuando es de día, de noche el Kommandant para. De noche no dormimos,
nos acurrucamos, tenemos miedo a los hund, a los trenes que
pasan. De día dormimos. Cada tanto nos paran, hablan entre ellos, levantan
barreras, las bajan.

Son días y días de marcha, Sasha se detiene de noche, tiene que descansar,
comer, tomar un té junto a los niños, luego apagar las luces del camión,
también él tiene miedo, no puede dormir, se desvela. Hasta que, al fin, arriban
al puerto. Respira aliviado. Ha llegado. Al fin ha concluido el más largo y
difícil de los caminos que hizo desde que comenzó la guerra.

Ésta concluyó, pero no iay! no termina de concluir. Nunca.

Esperanzado, con esta preciosa y terrible carga que lleva, quiere creer que a
los niños algo diferente les espera: que por primera vez un instante

cualquiera exista para ellos, ese instante en que, extrañados, huelan el olor salobre del mar.

Nos temblamos al ver el mar, al oler el mar que el Kommandant nos señala con su mano. El barco nos espera, dice, nos hace bajar. Ningún tren se detuvo, nunca, al oscurecer, para irnos. Respiramos. Bajamos. Vamos donde hay otros hombres, le piden, saca papeles, los muestra, subimos.

No hay esvásticas.

No, ningún tren se detuvo, tal como sucedía en el campo para llevarlos; ninguno de esos días, durante ese largo trayecto, vieron el tren.

Me acerco, los veo subir al barco. La sonrisa contagiosa de Sasha convence a todos: la ropa enorme que llevan será el pasaporte con el cual podrán viajar pese a estar indocumentados; pero las aduanas igualmente piden: nombres, edades, apellidos... Con un gesto les indica que no digan nada, él hablará por ellos. Veo como, con un mismo gesto, los bautiza, los nombra. Por primera vez uno será Fedor, otro será Iliá, Igor otro, y así uno por uno. Lo mismo hará con los apellidos. Por un instante, mientras están subiendo al barco, se olvida de Luba. En el siguiente, lejano y próximo a la vez, resuena en él la entrañable melodía: florecerán iabluschki y gruschki.... Volverá a verla.

Una y otra vez los veo subiendo al barco, una y otra vez trastabillando, parecen tan pequeños, tan débiles en la enorme explanada. Sasha se adelanta, los conduce, se sienta junto a ellos en la cubierta, necesita una bocanada de aire puro, de cielo estrellado. Se quita sus pesadas botas luego de días y días de marcha; el olor agrio de de sus pies es un retorno a sí. No a quien había sido antes de la guerra y, menos aun, antes del encuentro con los niños.

Ellos aún calzan sus pesados zuecos de madera. Es imposible saber qué piensan. Desea irse de allí, dejarlos, su destino es otro. ¿Destino? Oh, Señor, ten piedad de nosotros; oh, Señor, ten piedad de ellos.

Sasha besa una vez más la foto de Luba. Quisiera contarle, hablar con ella, pero qué, cómo. Por su cara las lágrimas se deslizan. Lloro, lo irremediable le penetra.

El barco empieza a moverse, el Kommandant insiste, nos habla: ia, Sasha, ¿ti? y lo repite y lo repite hasta el cansancio. Toda la noche viajando, mirando el cielo estrellado; no había cielo estrellado dentro de los alambrados. Luego Sasha nos lleva adentro, paidiu, paidiu, nos recuesta en camastros, nos tapa; spaciba dice, esperando que lo repitamos. Nosotros sordos cerrada la boca, eso lo sabemos, sabemos no oír, sino iheraus! iheraus!, más frío, más hambre.

Saco del bolsillo de mi campera cómoda, amplia, un sándwich. Tantos años y comerme un sándwich aún me avergüenza, como si mi vida entera se hubiera detenido en ese largo, larguísimo viaje que siempre fue a ninguna parte.

Lo como mientras la brisa deposita sobre mi rostro pequeñas, minúsculas gotas, que contienen el olor salobre del mal, al igual que hace muchos años, apenas terminada la guerra. La brisa, fresca, se arremolina sobre mi piel. Vivo.

Cerca de nuestros camastros vemos unas piedras. Son chicas, las tiramos, nos reímos, las arrojamos a las paredes, a ellos, a nosotros: son ratten, nuestras. Una le da a Sasha, se despierta furioso, grita iNiet! Corremos, uno de nosotros es el Kommandant. Gritamos iRatten, ratten!

Una risa loca se apodera de ellos, ahora son Kommandant, las arrojan, las levantan para reiniciar el juego, se aturden con sus gritos: “Ratten, ratten”, las revolean. A los pasajeros se les desmesuran los ojos, miran para otro lado frente a lo inaudito de la escena.

Otra vez ponemos las piedras-ratten en la cuchara, las acercamos a la boca. Las tiramos con asco. Aullamos Ratten ratten, mientras sostenemos a una por la cola y se retuerce, escapa, und ponemos una ratte más chica en la cuchara nos están mirando.

¿Se ríen, dije? Si no hay en ellos alegría ni conocen el llanto... Son gritos, aullidos excitados que se reflejan en los mil ojos azorados de los pasajeros ingleses, franceses, que se corren a un costado eludiendo ser alcanzados por sus desgarrados ecos. Oh, Señor, ten piedad de ellos, es tanta la ira, dales descanso. Oh, Señor, que no se prolongue, que no sea perpetua...

Esta vez sí están despiertos. Su único modo de mantenerse despiertos, pero se aburren pronto. O no les dan más las fuerzas. Están débiles y se han cansado. Ahora que tienen puesta otra ropa, sólo ahora, veo que ison tan pequeños! Se acurrucan entre sí, parecen no escuchar la sirena del barco que atraviesa la niebla, o no querer escucharla. ¿Se habrán dormido? ¿Si la escucharan, en ese instante, qué sería de ellos? ¿Sabrían que están fuera del laguer?, ¿lo están acaso? ¿Lo estábamos acaso?

La sirena insiste, no soporta ser desoída, nadie parece conmoverse con ella, celebrarla como se merece; está anunciando un arribo que marca para muchos el fin de la guerra; deberían bailar todos alrededor de ella. Aúlla una dos tres veces rasgando la niebla, rasgando el luto que ha vertido sus cenizas sobre las ciudades, aúlla sobre las espaldas de aquellos que apenas pueden incorporarse. Aúlla sobre las brasas, sopla más fuerte, que éstas se enciendan, que den calor al abrazo próximo.

Sasha la escuchó, se despierta y se desvela. Lo miro. Está pensativo, le pesa la carta que lleva en la mochila, dirigida a la sénschina que alojará a los málchiky en su hogar, su hogar de huérfanos. “Terezinskaya málchiky”, repite para sus adentros, sin poder ni querer saber lo que eso significa. El sobre lacrado está arrugado, ¿cuánto hace que lo transporta? Lo saca, lo alisa, allí terminará su destino. “Llegar a destino”, qué densa le parece ahora esta frase a Sasha, llevando a los niños. Él los acompañará, ella se encargará de ellos. Que empiecen la vida de niños, la que no han conocido, la que no han tenido, lo que no han sido.

Amanece, la sirena anuncia que han llegado. Londres, devastada después de la guerra; pero nada de esto verán los niños. Han llegado a un mundo ajeno.

Sasha baja junto a ellos, sabe que no toleran que se les acerque demasiado. Se aparta, retrocede.

La pequeña comitiva aguarda en el muelle a los niños y al oficial soviético. Hay un jeep, un auto; dos mujeres acompañadas por un militar británico. Parecen tensos, inquietos, y a la vez querrán ser hospitalarios cuando el grupo descienda.

Nos juntan. Pashlí, pashlí dice el Kommandant ¡Heraus, heraus!, retumba en eco, nos temblamos no hay ningún camión, ningún tren, ninguna esvástica. Pashlí pashlí pashol, Sasha nos da un empujón para que heraus, schnell bajemos.

Él observa las manos de los málchiky en los bolsillos, siempre aferradas a las cucharas de madera, las esconden. Su único bien. Lo único que han poseído. Para comer la mugrienta sopa. Se han puesto serios otra vez, sus caras han vuelto a la impavidez que tenían detrás del alambrado, incluso la de Gustav.

Embarazado, Sasha se presenta ante la sénschina; ella tiene la vista clavada en los niños, los que serán sus niños.

El Kommandant se aleja, nos temblamos.

“la Sasha”, le dice a la mujer, “sovietsky soldat” y sonrío. “Ich bin Anna Freud”. La observo, luce su sombrero austriaco. No está sola. La acompañan una amiga y un hombre alto, flaco, de rostro inquieto que viste uniforme de oficial británico y espera cerca de uno de los autos. Están nerviosos, expectantes, azorados; la amabilidad de la escena, las mutuas presentaciones tratan de cubrir el denso silencio que desciende sobre todos frente a la presencia de los niños.

Hay gente con el Kommandant, hablan de nosotros, dirán que mostremos el número, no lo piden, nos llevan a los autos, subimos. Viajamos. Vemos barracones sin alambrados, ya los vimos al salir del laguer; éstos son más chicos, rotos, piedras por todas partes; vemos kinder corriendo fuera de los barracones, hombres arreglando paredes rotas de barracones. Todo es shtil aquí, no hay gritos, ni ladridos de hund, ni esvásticas.

Se dirigen al hogar de huérfanos. Y así inicia lo que Anna quiso que fuera el viaje de regreso a la vida. Ella querrá conducirlo. No supo, no podía saber, que de ese otro mundo, en el cual los niños habían estado cautivos, la salida, como ella imaginaba, quién sabe si existe.

Cada vez que ve a una madre con un kind de la mano, Gustav se estremece. Y al estremecerse su pesadilla grita. Anna hubiera querido cerrar la cortinilla del auto, que Gustav no mire.

Kom kom kom mit mir kind dice la tante; nos apartamos
nos apretujamos nos temblamos. La tante nos schprejt, nos
extrañamos, cerramos los ojos, nos dormimos.

Anna está resuelta: los llevará a su hogar, los conducirá al dormitorio que les preparó, un mismo cuarto para todos ellos, ise necesitan, se necesitarán tanto los unos a los otros!; limpio, aireado, soleado, camas con sus colchones, sábanas, edredones cubriendo las camas, mesitas de luz al costado con un espejo encima, cortinas floreadas en las ventanas. Estufa. Un baño con su ducha ide agua caliente!, jabón perfumado, tan difícil de conseguir. Juguetes. No ha pasado tanto tiempo desde que los rusos entraron a Terezín. Anna buscó con empeño, aquí y allá, entre lo poco que quedaba en pie en Londres, arrasada por los bombardeos. Ella querrá alojarlos, enseñarles otra lengua, hablada, compartida, viva. Darles niñez, otorgarles tiempo, el olvido que nunca habían tenido. Querrá que se haga en ellos recuerdo lo que habían sido. Todo ha terminado, una nueva vida les espera, tendrán su hogar en ella.

Anna abre las puertas del hogar. Tiene preparado un pequeño agasajo para todos: su amiga, Sasha, el oficial británico, los niños; los productos los ha conseguido gracias a sus contactos. El convite, ajeno al momento que están viviendo, los distancia de su zozobra, de la incredulidad. Finalmente, los oficiales se retiran. Sasha los mira largamente, sabe que no volverá a verlos.

Anna llama a los niños, los lleva hasta su cuarto, se los muestra, los hace ingresar con suavidad. Ya había intentado retirarles la cuchara de madera, lo intenta nuevamente, y nuevamente la esconden; se retira discretamente. Esperará. Cierra la puerta tras ella. Poco a poco, está decidida, nacerán a la infancia.

iNein, nein, nein! gritamos al ver el cuarto. Nos temblamos, cerramos los ojos, nos acostamos en el piso, no nos tapamos, nos dormimos.

El sol entra a través de las ventanas. Despiertan, la luz los enceguece, no pueden cerrar las cortinas. Entra la tante. Les dice tiernamente que ha comenzado para ellos un nuevo día. Les muestra los espejos, los invita a

mirarse, los nombra, pronto desayunarán; la tante se retira. Ellos ven allí, en ese trozo brillante, el horror reflejando las caras que nunca habían visto.

Nos temblamos al ver las caras. Gritamos inein nein! con las cucharas de madera, con los dientes, destrozamos, rompemos, ensuciamos todo como hund somos hund hund todo todo todo shnel. Despiertos, temblamos ischnel, schnel, schnell!, gritamos. Camas, sábanas a los espejos los rompemos con lo ya destrozado; en ellos vemos las caras de unos kinder que

Anna entraba, veía los destrozos y les hablaba. “Kom kind, Kom”. Uno a uno langsam les hablaba. Ya se había dicho a sí misma que necesitarían tiempo para el olvido. Otra lengua, en esa otra lengua podrán aprender a decir todo lo que el nazismo... También a ella el temblor la recorre. Cuando se dice lo que se está diciendo...

No los habita la palabra sino el grito. Son el grito. Y a los gritos destrozan todo lo que el grito de los otros ya había destruido. Hay una animalidad sagrada en sus aullidos. Parece provenir de lo más recóndito de la vida, de lo más recóndito de la muerte, quién sabe. O, quizás, de ese borde insondable donde la vida roza con la muerte; el aullido, implacable, las aúna y no sabemos si rige allí vida o muerte cuando no hay palabra que las separe o las enlace.

Los kinder son grito y son ira. Y su ira es de una radical osadía. La ira los mantiene vivos; la osadía, despiertos.

Dios mío, cuánto más solos se sentirán ahora los niños; cuando les hablan en inglés les acallan la ira.

Nos hablan, en inglés langsam todo lo dicen langsam shtil. Quieren taparnos la furia. Así como primero había insistido el Kommandant, la tante insistía. Ich, decía, ich bin Anna; du du bist Gustav, you are Gustav. Quería que así habláramos.

Pretende el modo sosegado. Si le convida con chocolate a Gustav, él no puede tomarlo, todos se abalanzan, son un solo cuerpo. Un solo cuerpo, su existencia posible. ¿Respondían así a la jauría de guardias que fue el pan

magro de cada día? Si no hubo para ellos una sola palabra, una sola palabra que los pensara y al pensarlos, los nombrara. Ante cualquier pedido de Anna, dirigido a alguno de ellos, se aferran todos a su cuchara de madera, siempre juntos, siempre pegados entre sí, y siempre con la cuchara de madera que ni de día ni de noche sueltan.

Anna, con susurros tenues, cálidos, querrá desnazificar su habla, desladrar su grito... Les habla en otro idioma. Se estremecen al escucharla. La nueva lengua los amordaza; ellos se desvanecen.

Good morning miss Anna, igood morning to you! It's a fine day today nos enseña. El silencio se atraganta en la garganta.

Dios mío, se les pega la lengua al paladar cuando dejan de escuchar gritos. Les silencian la ira cuando dejan de gritarles. Se les convierte en tumba la boca cuando acallan su grito. Les hablan en una lengua en la cual quién sabe si existen.

Todo se ha vuelto humo, gris, niebla, ceniza...

Un rostro entre todos los rostros olvidados.

Y tal vez yo sea Gustav.

Este relato está basado en una historia real: la de los niños sobrevivientes del campo de concentración de Terezín, liberado por el Ejército Soviético una vez concluida la Segunda Guerra Mundial. Anna Freud -hija menor de Sigmund Freud- dispuso alojar en su hogar de huérfanos de Londres a seis o siete de ellos. Ya bajo los cuidados de Anna Freud, a medida que fueron aprendiendo el inglés, se enfermaron gravemente, rozaron la muerte. ¿Hubiera sido posible otra cosa? ¿Cómo saberlo? Algunos de estos niños nacieron en el campo de concentración. Extrañamente, hasta ahora, hay muy poca documentación al respecto. En la misma se insiste en la imposibilidad de estos niños de separarse de sus cucharas de madera, en los destrozos realizados en el hogar, en su necesidad de responder colectivamente cuando eran nombrados.



“Niebla” acuarela, Noemí Hadis. 1995